



LECTIO DIVINA

Domingo de Resurrección y octava de pascua
Del 26 de abril al 2 de mayo de 2020



**“Quien escucha a Jesús y comparte
su pan, encuentra un
proyecto de felicidad.”**

DOMINGO, 26 DE ABRIL DE 2020

Cristo sale a mi encuentro, me escucha
y me da la libertad de quedarme junto a Él.

Oración introductoria

Señor, enciende mi corazón; quiero permanecer siempre en tu presencia y gozar de cada palabra que tienes preparada para mí. Dame la gracia de escucharte, de sentirme escuchado y de reconocerte en cada momento de mi vida.

Petición

Aumenta mi fe para que nunca dude de tu amor.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2,14.22-33)

El día de Pentecostés Pedro, poniéndose en pie junto a los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. A Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros mismos sabéis, a este, entregado conforme al plan que Dios tenía establecido y previsto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él: “Veía siempre al Señor delante de mí, pues está a mi derecha para que no vacile. Por eso se me alegró el corazón, exultó mi lengua, y hasta mi carne descansará esperanzada. Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos, ni dejarás que tu Santo experimente corrupción. Me has enseñado senderos de vida, me saciarás de gozo con tu rostro”.

Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios “le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo”, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que “no lo abandonará en el lugar de los muertos” y que “su carne no experimentará corrupción”. A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

Salmo (Sal 15, 1-2 y 5. 7-8. 9-10. 11)

Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro (1 Pe 1, 17-21)

Queridos hermanos: Puesto que podéis llamar Padre al que juzga imparcialmente según las obras de cada uno, comportaos con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación, pues ya sabéis que fuisteis liberados de vuestra conducta inútil, heredada de vuestros padres, pero no con algo corruptible, con oro o plata, sino con una sangre preciosa, como la de un cordero sin defecto y sin mancha, Cristo, previsto ya antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos por vosotros, que, por medio de él, creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, de manera que vuestra fe y vuestra esperanza estén puestas en Dios.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc 24, 13-35)

Aquel mismo día (el primero de la semana), dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo

lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido, Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¿Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos

contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermón 235; PL 38, 1117

“Quédate con nosotros”

Atención, hermanos; ¿dónde quiso el Señor que lo reconocieran? En la fracción del pan. No nos queda duda: partimos el pan y reconocemos al Señor. Pensando en nosotros, que no le íbamos a ver en la carne, pero que íbamos a comer su carne, no quiso que lo reconocieran más que allí. La fracción del pan es causa de consuelo para todo fiel, quienquiera que seas; quienquiera que seas tú que llevas el nombre cristiano, si no lo llevas en vano; tú que entras en el templo pero con un porqué; tú que escuchas la palabra de Dios con temor y esperanza. La ausencia del Señor no es ausencia. Ten fe y está contigo aquel a quien no ves.

Cuando el Señor hablaba con ellos, aquellos discípulos no tenían ni fe, puesto que no creían que hubiese resucitado, ni tenían esperanza de que pudiera hacerlo. Habían perdido la fe y la esperanza. Estando ellos muertos, caminaban con el vivo; los muertos caminaban con la vida misma. La vida caminaba con ellos, pero en sus corazones aún no residía la vida.

También tú, pues, si quieres poseer la vida, haz lo que hicieron ellos para reconocer igualmente al Señor. Le dieron hospitalidad. El Señor tenía el aspecto de uno que iba lejos, pero lo retuvieron. Cuando llegaron al lugar al que se dirigían, le dijeron: Quédate aquí con nosotros, pues el día ya declina. Dale hospitalidad, si quieres

reconocerlo como salvador. La hospitalidad les devolvió aquello de lo que les había privado la incredulidad. Así, pues, el Señor se hizo presente a sí mismo en la fracción del pan. Aprended dónde buscar al Señor, dónde tenerlo, dónde reconocerlo: cuando lo coméis.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Tampoco los discípulos de Emaús querían que su “huésped misterioso” se fuera... “Quédate con nosotros”, decían, intentando convencerlo de que se quedara con ellos. En otros episodios del Evangelio también aflora este mismo sentimiento. Recordemos, por ejemplo, la transfiguración, cuando Pedro, Santiago y Juan querían hacer tiendas, carpas, y quedarse en el monte. O cuando María Magdalena se encontró con el Resucitado y quería retenerlo. Pero “su Cuerpo resucitado no es un tesoro para retener, sino un Misterio para compartir”. A Jesús lo encontramos, sobre todo, en la comunidad y por los caminos del mundo. Cuanto más lo llevemos a los demás, más lo sentiremos presente en nuestras vidas.» *(Discurso de S.S. Francisco, 22 de junio de 2019).*

Meditación

Es la voz de Jesús que resuena en nuestro corazón, que quiere salir de nuevo, cada día, en cada momento, y encontrarnos. Es ese sonido que hace arder nuestro corazón, lo enciende, y nos abre los ojos ante la inmensidad de su amor. Nos revela la plenitud de reconocer su presencia, en cada una de las personas que nos pone en el camino. Es Él mismo quien nos visita a través de los demás.

Pero como siempre, nos da la libertad, no nos obliga a nada, nos deja libres para aceptar su compañía y caminar junto a Él. Qué difícil puede ser a veces reconocer a Jesús. Cuando todo es agradable, cuando no hay dificultades, cuando estoy con las personas que me

agradan, es fácil reconocer la presencia de Dios. ¿Qué sucede cuando algo no sale como lo tenía planeado?, ¿cuál es mi reacción cuando me toca convivir con personas que no me agradan?, ¿qué le digo al Señor cuando siento que me está poniendo una cruz muy pesada? Sí, es en esos momentos cuando su presencia es grande, cuando está vivo ahí, específicamente, para vivir junto a nosotros ese momento. Nos habla, algunas veces a través del silencio, pero está presente.

El Señor no se impone, sino que somos nosotros los que debemos pedirle. Él nos escucha, sabe lo que necesitamos, sabe lo que hay en nuestro corazón, pero nos deja hablar, conoce cada una de nuestras palabras, pero permite que seamos nosotros quien contemos lo que nos sucede. Y que desde nuestro corazón salgan esas palabras: «Quédate con nosotros Señor, queremos estar siempre en tu presencia y gozar de tu infinita bondad».

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

LUNES, 27 DE ABRIL DE 2020

Jesús, el pan de vida.

Oración introductoria

Señor Jesús, te pido que no busque otra cosa que no seas Tú. Te necesito en mi vida para cumplir tu voluntad. Dame los medios y las fuerzas para caminar contigo por el sendero de este mundo.

Petición

Espíritu Santo inflama mi corazón para amar la voluntad de Dios y dame la fuerza para poder cumplirla con perfección.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 6, 8-15)

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba. Entonces indujeron a unos que asegurasen: «Le hemos oído palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios». Alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y, viniendo de improviso, lo agarraron y lo condujeron al Sanedrín, presentando testigos falsos que decían: «Este individuo no para de hablar contra el Lugar Santo y la Ley, pues le hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés». Todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron su mirada en él y su rostro les pareció el de un ángel.

Salmo (Sal 118, 23-24. 26-27. 29-30)

Dichoso el que camina en la ley del Señor.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 6, 22-29)

Después de que Jesús hubo saciado a cinco mil hombres, sus discípulos lo vieron caminando sobre el mar. Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar notó que allí no había habido más que una barca y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos. Entretanto, unas barcas de Tiberíades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios». Ellos le preguntaron: «Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». Respondió Jesús: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado».

Releemos el evangelio

San Hilario (c. 315-367)

obispo de Poitiers y doctor de la Iglesia

La Trinidad, I, 37-38: PL 10,48-49

«La voluntad de Dios es que creáis en el que Él ha enviado»

Somos pobres y pedimos que remedie nuestra indigencia; nosotros ponemos nuestro esfuerzo tenaz en penetrar las palabras de

tus profetas y apóstoles y llamamos con insistencia para que se nos abran las puertas de la comprensión de tus misterios. Confiamos, pues, en que tú harás progresar nuestro tímido esfuerzo inicial y que, a medida que vayamos progresando, lo afianzarás, y que nos llamarás a compartir el espíritu de los profetas y apóstoles; de este modo, entenderemos sus palabras en el mismo sentido en que ellos las pronunciaron y penetraremos el verdadero significado de su mensaje.

Nos disponemos a hablar de lo que ellos anunciaron de un modo velado: que tú, el Dios eterno, eres el Padre del Dios eterno unigénito, que tú eres el único no engendrado y que el Señor Jesucristo es el único engendrado por ti desde toda la eternidad, sin negar, por esto, la unicidad divina, ni dejar de proclamar que el Hijo ha sido engendrado por ti, que eres un solo Dios, confesando al mismo tiempo, que el que ha nacido de ti, Padre, Dios verdadero, es también Dios verdadero como tú.

Otórganos, pues, un modo de expresión adecuado y digno, ilumina nuestra inteligencia, haz que no nos apartemos de la verdad de la fe; haz también que nuestras palabras sean expresión de nuestra fe, es decir, que nosotros, que por los profetas y apóstoles te conocemos a ti, Dios Padre y al único Señor Jesucristo , y que argumentamos ahora contra los herejes que esto niegan, podamos también celebrarte a ti como Dios en el que no hay unicidad de persona y confesar a tu Hijo, en todo igual a ti.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Todos los días necesitamos de él, nuestro pan de cada día. Él es el pan de vida, que nos hace sentir como hijos amados y que alivia toda nuestra soledad y orfandad. Él es el pan del servicio: que partiéndose para hacerse nuestro siervo nos pide que nos sirvamos los unos a los otros. Padre, mientras nos das el pan de cada día, alimenta

en nosotros el anhelo por nuestro hermano, la necesidad de servirlo. Pidiéndote el pan de cada día, te imploramos también el pan de la memoria, la gracia de que fortalezcas las raíces comunes de nuestra identidad cristiana, indispensables en este tiempo en el que la humanidad, y las jóvenes generaciones en particular, corren el riesgo de sentirse desarraigadas en medio de tantas situaciones líquidas, incapaces de cimentar la existencia.» (*Homilía de S.S. Francisco, 31 de mayo de 2019*).

Meditación

Este Evangelio es el comienzo del discurso sobre el Pan de Vida, que se prolonga durante los seis días siguientes. Después de la multiplicación de los panes, la gente sigue a Jesús. Habían visto el milagro; habían comido y estaban saciados y querían más. No se preocuparon por buscar la señal o el llamado de Dios que estaba contenido en todo esto. Cuando la gente encontró a Jesús en la sinagoga de Cafarnaún, tuvo una larga conversación con ellos, llamada el Discurso del Pan de Vida, que explica el significado de la multiplicación del pan, símbolo del nuevo éxodo y de la Cena Eucarística.

La gente busca a Jesús porque quieren más pan. La gente sigue a Jesús. Ven que no subió a la barca con los discípulos y, por eso, no entienden lo que hizo para llegar a Cafarnaún. Ni siquiera entendieron el milagro de la multiplicación de los panes. La gente ve lo que ha sucedido, pero no pueden entender todo esto como un signo de algo más profundo. Sólo se detienen en la superficie; en estar satisfechos con la comida. Buscan el pan y la vida, pero sólo para el cuerpo. Según la gente, Jesús hace lo que Moisés hizo en el pasado: alimentar a toda la gente en el desierto. Según Jesús, querían que el pasado se repitiera. Pero Jesús le pide a la gente que dé un paso más y avance. Además de trabajar por el pan que perece, deberían trabajar por la

comida imperecedera. Este nuevo alimento será dado por el Hijo del Hombre, indicado por Dios mismo. Él trae la vida que dura para siempre. Él nos abre un nuevo horizonte en el sentido de la vida y en Dios.

¿Cuál es la obra de Dios? La gente se pregunta: ¿qué debemos hacer para llevar a cabo esta obra de Dios? Jesús responde que la gran obra de Dios nos pide «creer en el enviado de Dios». Es decir, icreer en Jesús!

Oración final

Señor, te conté mi vida y me respondiste,
enséñame tus preceptos.
Indícame el camino hacia tus mandatos
y meditaré en todas tus maravillas. (Sal 119,26-27)

MARTES, 28 DE ABRIL DE 2020

Alimento de vida eterna.

Oración introductoria

Señor mío, Tú sabes que creo en Ti, pero igualmente sabes cuánto necesito de tu gracia para ser un verdadero hombre de fe; por ello, Señor, aumenta mi fe. En Ti he puesto mi confianza, sabiendo que sin Ti nada puedo, pero contigo todo es posible, aumenta mi confianza. Te amo, amado de mi alma, Tú sabes cuánto deseo y anhelo amarte, concédeme tu amor y tu gracia para incrementar mi amor a Ti.

Petición

Dios mío, ayúdame a vivir siempre de cara a ti, jamás permitas que me aleje del pan que me da la vida.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch7,51-8,1a)

En aquellos días, dijo Esteban al pueblo y a los ancianos y escribió: «¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, y ahora vosotros lo habéis traicionado y asesinado; recibisteis la ley por mediación de ángeles y no la habéis observado». Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios». Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Luego, cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado». Y, con estas palabras, murió. Saulo aprobaba su ejecución.

Salmo (Sal 30. 3cd-4. 6 y 7b y 8a. 17 y 21ab)

A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 6, 30-35)

En aquel tiempo, el gentío dijo a Jesús: «¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó: «En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo». Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre de este pan». Jesús les contestó: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Releemos el evangelio

Santo Tomás de Aquino (1225-1274)

dominico, teólogo, doctor de la Iglesia

Secuencia para la fiesta del Corpus « Lauda Sion »

"Yo soy el pan de la vida"

Glorifica, Sión, a tu Salvador,
aclama con himnos y cantos
a tu Jefe y tu Pastor.

Glorifícalo cuanto puedas,
porque él está sobre todo elogio
y nunca lo glorificarás bastante.

El motivo de alabanza
que hoy se nos propone
es el pan que da la vida.

El mismo pan que en la Cena
Cristo entregó a los Doce,
congregados como hermanos.

Alabemos ese pan con entusiasmo,
alabémoslo con alegría,
que resuene nuestro júbilo ferviente. (...)

En esta mesa del nuevo Rey,
la Pascua de la nueva alianza
pone fin a la Pascua antigua.

El nuevo rito sustituye al viejo,
las sombras se disipan ante la verdad,
la luz ahuyenta las tinieblas.

Lo que Cristo hizo en la Cena,
mandó que se repitiera
en memoria de su amor.

Instruidos con su enseñanza,
consagramos el pan y el vino
para el sacrificio de la salvación. (...)

Su carne es comida, y su sangre, bebida, (Cfr Jn 6,55)
pero bajo cada uno de estos signos,
está Cristo todo entero.

Se lo recibe íntegramente,
sin que nadie pueda dividirlo
ni quebrarlo ni partirlo.

Lo recibe uno, lo reciben mil,
tanto éstos como aquél,
sin que nadie pueda consumirlo. (...)

Este es el pan de los ángeles, (Cfr Ps 78,25)
convertido en alimento de los hombres peregrinos:
es el verdadero pan de los hijos,
que no debe tirarse a los perros. (Cfr Mt 15,26)

Varios signos lo anunciaron:
el sacrificio de Isaac, (Cfr Gn 22)
la inmolación del Cordero pascual
y el maná que comieron nuestros padres.

Jesús, buen Pastor, pan verdadero,
ten piedad de nosotros:
apaciéntanos y cuídanos;
permítenos contemplar los bienes eternos
en la tierra de los vivientes. (Cfr Sal 26,13)

Tú, que lo sabes y lo puedes todo,
tú, que nos alimentas en este mundo,
conviértenos en tus comensales del cielo,
en tus coherederos y amigos,
junto con todos los santos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Es lo único que el Señor nos pide: venid. Nos invita a ponernos en marcha, en movimiento, en salida. Nos exhorta a caminar hacia Él para hacernos partícipes de su misma vida y de su misma misión. “Venid”, nos dice el Señor: un venir que no significa solamente trasladarse de un lugar a otro sino la capacidad de dejarnos mover,

transformar por su Palabra en nuestras opciones, sentimientos, prioridades para aventurarnos a cumplir sus mismos gestos y hablar con su mismo lenguaje, “el lenguaje del pan que dice ternura, compañerismo, entrega generosa a los demás”, amor concreto y palpable porque es cotidiano y real. En cada eucaristía, el Señor se parte y reparte y nos invita también a nosotros a partirnos y repartirnos con Él y ser parte de ese milagro multiplicador que quiere llegar y tocar todos los rincones de esta ciudad, de este país, de esta tierra con un poco de ternura y compasión.» (*Homilía de S.S. Francisco, 7 de mayo de 2019*).

Meditación

El hambre y la sed espiritual son muchísimo más potentes y profundas que el hambre y la sed corporal en el hombre. Son un hambre y una sed intensa de justicia, como nuestro Señor nos dice en la cuarta bienaventuranza, la justicia de dar a cada quien lo que le corresponde, en donde el hombre, por más pecador que sea, tiende a Dios, puesto que todo cuanto es, a Él le corresponde.

La única fuente capaz de satisfacer y saciar esta íntima necesidad del espíritu humano es la Eucaristía, es a través de la comunión del Sagrado Cuerpo y de la Preciosa Sangre de nuestro Señor Jesucristo, puesto que es en la celebración de este santo misterio donde el hombre se ofrece, juntamente con las ofrendas de la patena y del cáliz, por manos del sacerdote, como sacrificio agradable al Padre Celestial; donde el hombre, al igual que las ofrendas eucarísticas, por la gracia de Dios y la acción del Espíritu Santo, es transfigurado en hijo en el Hijo, Jesucristo, Primogénito del Padre.

Es con tanta razón que nuestro Redentor nos dice en este santo Evangelio: «Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que crea en mí nunca tendrá sed».

Oración final

En ti, Yahvé, me cobijo,
inunca quede defraudado!
¡Líbrame conforme a tu justicia,
tiende a mí tu oído, date prisa!
Sé mi roca de refugio,
alcázar donde me salve. (Sal 31,2-3)

MIERCOLES, 29 DE ABRIL DE 2020

SANTA CATALINA DE SIENA

Manso y humilde de corazón

Oración introductoria

Señor, estoy en tu presencia. Gracias por permitirme estar frente a Ti. Aumenta mi fe para que crea que Tú eres mi única esperanza. Aumenta mi esperanza para que espere siempre en tu amor. Aumenta mi amor para amarte con la certeza de la fe.

Petición

Señor, que tu voluntad sea la ley que dirija mis actos, hoy y siempre

Lectura de la primera carta del Apóstol san Juan (1Jn 1,5-2,2)

Queridos hermanos: Este es el mensaje que hemos oído a Jesucristo y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con

otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado. Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros. Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.

Salmo (Sal 102, 1-2. 3-4. 8-9. 13-14. 17-18ª)

Bendice, alma mía, al Señor

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 11, 25-30)

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

Releemos el evangelio

Santa Catalina de Siena, virgen

Diálogo sobre la divina Providencia (Cap. 167, Acción de gracias a la Sma Trinidad: edición latina, Ingoldstadt 1583, ff 290v-291)

Gusté y vi

¡Oh Deidad eterna, oh eterna Trinidad, que por la unión de la naturaleza divina diste tanto valor a la sangre de tu Hijo unigénito! Tú, Trinidad eterna, eres como un mar profundo en el que cuanto más busco, más encuentro, y cuanto más encuentro, más te busco. Tú sacias al alma de una manera en cierto modo insaciable, pues en tu insondable profundidad sacias al alma de tal forma que siempre queda hambrienta y sedienta de ti, Trinidad eterna, con el deseo ansioso de verte a ti, la luz, en tu misma luz.

Con la luz de la inteligencia gusté y vi en tu luz tu abismo, eterna Trinidad, y la hermosura de tu criatura, pues, revistiéndome yo misma de ti, vi que sería imagen tuya, ya que tú, Padre eterno, me haces partícipe de tu poder y de tu sabiduría, sabiduría que es propia de tu Hijo unigénito. Y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, me ha dado la voluntad que me hace capaz para el amor.

Tú, Trinidad eterna, eres el Hacedor y yo la hechura, por lo que, iluminada por ti, conocí, en la recreación que de mí hiciste por medio de la sangre de tu Hijo unigénito, que estás amoroso de la belleza de tu hechura.

¡Oh abismo, oh Trinidad eterna, oh Deidad, oh mar profundo!: ¿podías darme algo máspreciado que tú mismo? Tú eres el fuego que siempre arde sin consumir; tú eres el que consumes con tu calor los amores egoístas del alma. Tú eres también el fuego que disipa toda

frialdad; tú iluminas las mentes con tu luz, en la que me has hecho conocer tu verdad.

En el espejo de esta luz te conozco a ti, bien sumo, bien sobre todo bien, bien dichoso, bien incomprensible, bien inestimable, belleza sobre toda belleza, sabiduría sobre toda sabiduría; pues tú mismo eres la sabiduría, tú, el pan de los ángeles, que por ardiente amor te has entregado a los hombres.

Tú, el vestido que cubre mi desnudez; tú nos alimentas a nosotros, que estábamos hambrientos, con tu dulzura, tú que eres la dulzura sin amargor, ¡oh Trinidad eterna!

Palabras del Santo Padre Francisco

«Las bienaventuranzas son el perfil de Cristo y, por tanto, lo son del cristiano. Entre ellas, quisiera destacar una: “Bienaventurados los mansos”. Jesús dice de sí mismo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”. Este es su retrato espiritual y nos descubre la riqueza de su amor. La mansedumbre es un modo de ser y de vivir que nos acerca a Jesús y nos hace estar unidos entre nosotros; logra que dejemos de lado todo aquello que nos divide y nos enfrenta, y se busquen modos siempre nuevos para avanzar en el camino de la unidad.» (*Homilía de S.S. Francisco, 1 de noviembre de 2016*).

Meditación

¿A quién le gustan los lunes? Apenas suena el despertador y comienza el ajetreo. Trabajo o escuela; jefes o profesores; tareas para la semana o proyectos para el mes; parece que el lunes fue hecho para cansarnos y fastidiarnos la vida. Llegamos a nuestra casa, después de una jornada tan agitada, nos ponemos cómodos, sentados en un sillón

o tirados en la cama y dejamos escapar el tan esperado uff... por fin se acabó el día.

Podemos estar viviendo en un eterno lunes espiritual. A veces no nos va bien en el trabajo o en la escuela; nuestros jefes o profesores son injustos con nosotros y nos tratan mal; nuestro futuro no está asegurado y nos causa incertidumbre e intranquilidad y muchas cosas más que nos hacen cansar y rendir espiritualmente. Hoy Jesús nos dice: Vengan a mí todos los que estén fatigados y agobiados por la carga y yo los aliviaré.

Todos tenemos piedras en los zapatos: tribulaciones, problemas, situaciones familiares que nos agobian. Dios nuestro Señor quiere cargar con todo eso. Nos invita a acercarnos a Él y dejar correr ese suspiro que tanto anhela nuestro espíritu: uff... por fin siento paz en el alma.

La clave para liberarnos de todas nuestras cargas nos la da el mismo Jesús: Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón y encontrarán descanso para vuestras almas. Somos tan soberbios que no queremos dejar que nos ayuden. Sólo con la humildad podemos decir: Señor, ya no puedo más. Mira qué pesada es mi carga. ¡Ayúdame!

Pidámosle a María que nos ayude a reconocer nuestra falta de fuerzas, y que nos haga mansos y humildes, como su hijo. Jesús manso y humilde de corazón. Haz mi corazón semejante al tuyo.

Oración final

Yahvé es clemente y compasivo,
lento a la cólera y lleno de amor;
no se querella eternamente,
ni para siempre guarda rencor. (Sal 103,8-9)

Oración introductoria

Señor, gracias por acordarte siempre de mí, por regalarme un nuevo día, y por estar conmigo acompañándome en cada paso que doy. Tu presencia y compañía son el regalo más grande que puedes darme. Contigo nada me falta, jamás permitas que me separe de Ti. Yo quiero estar siempre a tu lado.

Petición

Señor, dame la fe y el amor para tener un encuentro contigo en esta meditación.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 8, 26-40)

En aquellos días, un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo: «Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto». Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías. El Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y pégate a la carroza». Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó: «¿Entiendes lo que estás leyendo?». Contestó: «Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?». E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este: «Como cordero fue llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, así no abre su boca. En su humillación no se le hizo justicia. ¿Quién podrá contar su descendencia? Pues su vida ha sido arrancada de la tierra». El eunuco

preguntó a Felipe: «Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?». Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco: «Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?». Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría. Felipe se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea.

Salmo (Sal 65, 8-9. 16-17. 20)

Aclamad al Señor, tierra entera.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 6, 44-51)

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado, Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Releemos el evangelio

Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897)

carmelita descalza, doctora de la Iglesia

Manuscrito Autobiográfico C, 35 rº, 36vº

***«Nadie puede venir a mí, si no lo atrae
mi Padre que me ha enviado»***

Madre, creo necesario darle alguna explicación más sobre aquel pasaje del Cantar de los Cantares: «Atráeme y correremos», pues me parece que no quedó muy claro lo que quería decir.

«Nadie puede venir a mí, dice Jesús, si no lo trae mi Padre que me ha enviado». Y a continuación, con parábolas sublimes -y muchas veces incluso sin servirse de este medio, tan familiar para el pueblo-, nos enseña que basta llamar para que nos abran, buscar para encontrar, y tender humildemente la mano para recibir lo que pedimos...Dice también que todo lo que pidamos al Padre en su nombre nos lo concederá. Sin duda, por eso el Espíritu Santo, antes del nacimiento de Jesús, dictó esta oración profética: Atráeme y correremos.

¿Qué quiere decir, entonces, pedir ser atraídos, sino unirnos de una manera íntima al objeto que nos cautiva el corazón? Si el fuego y el hierro tuvieran inteligencia, y éste último dijera al otro «Atráeme», ¿no estaría demostrando que quiere identificarse con el fuego de tal manera que éste lo penetre y lo empape de su ardiente sustancia hasta parecer una sola cosa con él?

Madre querida, ésa es mi oración. Yo pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan íntimamente a él que sea él quien viva y quien actúe en mí. Siento que cuanto más abraza mi corazón el fuego del amor, con mayor fuerza diré «Atráeme»; y que

cuanto más se acerquen las almas a mí (pobre trocito de hierro, si me alejase de la hoguera divina), más ligeras correrán tras los perfumes de su Amado.

Porque un alma abrasada de amor no puede estarse inactiva. Es cierto que, como santa María Magdalena, permanece a los pies de Jesús, escuchando sus palabras dulces e inflamadas. Parece que no da nada, pero da mucho más que Marta, que anda inquieta y nerviosa con muchas cosas y quisiera que su hermana la imitase.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El pan que pedimos hoy, es también el pan del que muchos carecen cada día, mientras que unos pocos poseen lo superfluo. El Padrenuestro no es una oración que tranquiliza, sino un grito ante las carestías de amor de nuestro tiempo, ante el individualismo y la indiferencia que profanan tu nombre, Padre. Ayúdanos a tener hambre de darnos. Recuérdanos, cada vez que rezamos, que para vivir no tenemos necesidad de conservarnos, sino de partírnos; de compartir, en vez de atesorar; de sustentar a los demás, en lugar de saciarnos a nosotros mismos, porque el bienestar es tal si pertenece únicamente a todos.» *(Homilía de S.S. Francisco, 31 de mayo de 2019).*

Meditación

El Antiguo Testamento nos cuenta cómo los judíos se quejaron ante Moisés, en el desierto, por la falta de pan y alimento. Dios, en su bondad y amor, les proveyó el maná para que pudieran tener el pan de cada día. Pero Dios es un Padre bueno y tenía algo, todavía mejor, preparado. Sabe que no solo del pan material vive el hombre, y, aunque es importante, su saciedad es pasajera. Dios tiene algo para dar que es mucho más valioso que eso, o que cualquier otro don material. Su don más valioso, el verdadero pan, es el don de sí mismo que se

dona totalmente a nosotros para entrar en nuestra vida y quedarse en ella, en total unión de amor con Él. Dios no es un Padre que regala solamente «cosas», es un Padre que nos da toda su persona, todo su amor y toda su compañía. Es un Padre que quiere estar siempre ahí, a nuestro lado.

Por eso, la Eucaristía es el regalo más valioso que Dios nos ha dejado, pues no se trata de «algo», se trata de «Alguien». Se trata de estar cara a cara, en un momento de total unión, con quien más nos ama y nos protege. Pidamos para que podamos siempre saber disfrutar de la Eucaristía. Que podamos disfrutar de la presencia de Aquel para quien estar con cada uno de nosotros es tan importante.

Cristo es el pan de la vida. Único alimento capaz de saciarnos y de transformar nuestras vidas haciéndolas, poco a poco, cada vez más plenas. Solo unidos a Dios comenzamos a vivir la verdadera vida.

Oración final

Venid, escuchad y os contaré,
vosotros, los que estáis por Dios,
todo lo que ha hecho por mí.
Mi boca lo invocó,
mi lengua lo ensalzó. (Sal 66,16-17)

VIERNES, 01 DE MAYO DE 2020

Vivirá para siempre.

Oración introductoria

Dame siempre, Señor, tu pan de vida

Petición

Señor Jesús, que comprenda y valore tu Eucaristía.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 9, 1-20)

En aquellos días, Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al Camino, hombres y mujeres. Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Dijo él: «¿Quién eres, Señor?». Respondió: «Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer». Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano hasta Damasco. Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber. Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor lo llamó en una visión: «Ananías». Respondió él: «Aquí estoy, Señor». El Señor le dijo: «Levántate y ve a la calle llamada Recta, y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Mira, está orando, y ha visto en visión a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista». Ananías contestó: «Señor, he oído a muchos

hablar de ese individuo y del daño que ha hecho a tus santos en Jerusalén, y que aquí tiene autorización de los sumos sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre». El Señor le dijo: «Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre». Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo». Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas, y recobró la vista. Se levantó, y fue bautizado. Comió, y recobró las fuerzas. Se quedó unos días con los discípulos de Damasco, y luego se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.

Salmo (Sal 116, 1. 2)

Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 6, 52-59)

En aquel tiempo, disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre». Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.

Releemos el evangelio

San Columbano (563-615)

monje, fundador de monasterios

Instrucción espiritual, 12, 2, 3

***«Mi carne es verdadera comida,
y mi sangre es verdadera bebida»***

Hermanos muy amados, calmad vuestra sed en las aguas de la fuente divina de la cual deseamos hablaros: calmad, pero no la apaguéis; bebed, pero no quedéis saciados. La fuente viva, la fuente de vida nos llama y nos dice: «El que tenga sed que venga a mí y que beba» (Jn 4,37). Comprended eso que bebéis. Que os lo diga el profeta Jeremías y que os lo diga la misma fuente: «Palabra del Señor, me han abandonado a mí, la fuente de agua viva» (Jr 2, 12-13). El mismo Señor, nuestro Dios, Jesucristo, es esta fuente de vida y por eso nos invita a ir a él para que bebamos de él. Le bebe el que ama, le bebe el que se alimenta de la Palabra de Dios... Bebamos, pues, de la fuente que otros han abandonado.

Para que comamos de este pan, para que bebamos de esta fuente... él mismo se dice «el pan que da la vida al mundo» (Jn 6,51) y que debemos comer... Ved de dónde brota esta fuente, ved también de dónde desciende este pan: en efecto, él mismo, el Hijo Único, nuestro Dios, Cristo Señor, es pan y es fuente, y de él, sin cesar, debemos tener hambre.

Nuestro amor nos lo da en comida, nuestro deseo nos lo hace comer; saciados, todavía lo deseamos. Vayamos a él como fuente y bebamos siempre de él con exceso de nuestro amor, bebámosle siempre con un deseo siempre renovado, tomemos nuestro gozo en la dulzura de su amor. El Señor es suave y bueno. Lo comemos y bebemos y no dejamos de tener hambre y sed de él, porque no

podríamos agotar este alimento y esta bebida. Comemos de este pan, y no lo agotamos; bebemos de esta fuente, y no se seca. Este pan es eterno, esta fuente fluye sin fin.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Así la Eucaristía forma en nosotros una memoria agradecida, porque nos reconocemos hijos amados y saciados por el Padre; una memoria libre, porque el amor de Jesús, su perdón, sana las heridas del pasado y nos mitiga el recuerdo de las injusticias sufridas e infligidas; una memoria paciente, porque en medio de la adversidad sabemos que el Espíritu de Jesús permanece en nosotros. La Eucaristía nos anima: incluso en el camino más accidentado no estamos solos, el Señor no se olvida de nosotros y cada vez que vamos a él nos conforta con amor. La Eucaristía nos recuerda además que no somos individuos, sino un cuerpo. Como el pueblo en el desierto recogía el maná caído del cielo y lo compartía en familia, así Jesús, Pan del cielo, nos convoca para recibirlo, recibirlo juntos y compartirlo entre nosotros. La Eucaristía no es un sacramento «para mí», es el sacramento de muchos que forman un solo cuerpo, el santo pueblo fiel de Dios.»
(Homilía de S.S. Francisco, 18 de junio de 2017).

Meditación

El corazón de Cristo se abre, se desgarró y se reparte entre cada uno de nosotros. De niño, siempre que me preguntaban qué quería pedirle a Dios, mi respuesta era: «quiero vivir para siempre». Conforme fui creciendo me percaté que no sería posible del todo eso de no morir, comencé a darme cuenta de que la vida es veloz, es una y Dios me la da para ser feliz. Pero al leer este Evangelio capto que la promesa de Cristo sacia el deseo que cada uno de nosotros tiene: vivir para siempre. Esta vida eterna no es un engaño, no es una alucinación,

no es una jugada para que Dios se ría de nosotros, no es nada de eso. Es la promesa del corazón de Cristo que en cada Eucaristía se nos da.

Alguno pensará: «¿cómo puedo saber que eso es verdad?» No te culpo si piensas así. Piensa en los miembros de la sinagoga de Cafarnaúm, todos conocían a san José, ¿cómo creerían al hijo del carpintero? Es porque no se trata del hijo del carpintero, se trata del hijo de Dios.

Te invito a ver tu vida y darte cuenta de cuántas veces Dios te habla y te muestra lo mucho que te ama en las personas que te rodean o, como diría el Papa Francisco, en el «santo de la puerta de enfrente.»

Oración final

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
ensalzadlo, pueblos todos!
Pues sólido es su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura para siempre. (Sal 117,1-2)

SÁBADO, 02 DE MAYO DE 2020
SAN ANASTASIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA
El Espíritu es quien da la vida...

Oración introductoria

Creo, Señor, pero aumenta mi fe; confié en Ti, Señor, fortalece mi esperanza; te amo, Señor, ayúdame a amarte cada vez más. Haz, Señor, que viva y muera en tu santa presencia; que duerma y me levante siempre en tu santa Voluntad.

Petición

Jesucristo, dame la gracia de serte fiel en este día

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 9, 31-42)

En aquellos días, la Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaría. Se iba construyendo y progresaba en el temor del Señor, y se multiplicaba con el consuelo del Espíritu Santo. Pedro, que estaba recorriendo el país, bajó también a ver a los santos que residían en Lida. Encontró allí a un cierto Eneas, un paralítico que desde hacía ocho años no se levantaba de la camilla. Pedro le dijo: «Eneas, Jesucristo te da la salud; levántate y arregla tu lecho». Se levantó inmediatamente. Lo vieron todos los vecinos de Lida y de Sarón, y se convirtieron al Señor. Había en Jafa una discípula llamada Tabita, que significa Gacela. Tabita hacía infinidad de obras buenas y de limosnas. Por entonces cayó enferma y murió. La lavaron y la pusieron en la sala de arriba. Como Lida está cerca de Jafa, al enterarse los discípulos de que Pedro estaba allí, enviaron dos hombres a rogarle: «No tardes en venir a nosotros». Pedro se levantó y se fue con ellos. Al llegar, lo llevaron a la sala de arriba, y se le presentaron todas las viudas, mostrándole con lágrimas los vestidos y mantos que hacía Gacela mientras estuvo con ellas. Pedro, mandando salir fuera a todos, se arrodilló, se puso a rezar y, volviéndose hacia el cuerpo, dijo: «Tabita, levántate». Ella abrió los ojos y, al ver a Pedro, se incorporó. Él, dándole la mano, la levantó y, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva. Esto se supo por todo Jafa, y muchos creyeron en el Señor.

Salmo (Sal 115, 12-13. 14-15. 16-17)

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 6, 60-69)

En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús dijeron: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?». Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: «¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y, con todo, hay algunos de entre vosotros que no creen». Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede». Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Releemos el evangelio

San Cirilo de Alejandría (380-444)

obispo y doctor de la Iglesia

Comentario al evangelio de Juan, 4, 4; PG 73, 613

“Tú tienes palabras de vida eterna”

"¿A quién pues iremos?", dice Pedro. Quiere decir: "¿quién nos instruirá como tú de los misterios divinos?", o incluso: "¿Al lado de quién encontraremos algo mejor? Tú tienes palabras de vida eterna". No son intolerables, como dicen otros discípulos. Al contrario, todas ellas conducen a la realidad más extraordinaria, la vida infinita, la vida imperecedera. Estas palabras nos muestran bien que debemos permanecer a los pies de Cristo, tomándolo por nuestro solo y único dueño, y mantenernos constantemente cerca de él...

El Antiguo Testamento también nos enseña que hay que seguir a Cristo, siempre unidos a Él. Efectivamente, cuando los israelitas, liberados de la opresión egipcia, se apresuraban hacia la Tierra prometida, Dios permitió que se desviaran del camino. El que les dio la Ley no les permitió ir a cualquier lugar de su agrado. En efecto, sin guía, ciertamente se habrían extraviado; los israelitas encontraban su salvación permaneciendo con su guía. Hoy, también hacemos el nuestro negándonos a separarnos de Cristo, porque es Él quien se manifestó a los antiguos bajo la apariencia de una tienda, un nubarrón y fuego (Ex 13,21; 26,1s)...

"El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, también estará mi servidor " (Jn 12,26)... Claro, el camino en compañía y al lado de Cristo Salvador no se hace en un sentido material, sino más bien por las obras de la virtud. Los discípulos más sabios, se comprometieron firmemente a esto con todo su corazón...; con razón dicen: "¿A dónde iremos?" En otros términos: " Estaremos siempre contigo, cumpliremos tus mandamientos, acogeremos tus palabras, sin recriminar nada. No creeremos, como los ignorantes, que tu enseñanza es dura a oír. Al contrario, diremos: 'qué dulce al paladar tu promesa: imás que miel en mi boca!'" (Sal. 118,103)

Palabras del Santo Padre Francisco

«Os deseo que recibáis siempre la Biblia en su preciosa unicidad: como palabra que, imbuida del Espíritu Santo, dador de vida, nos comunica a Jesús que es vida y así hace fecunda nuestra vida. Ningún otro libro tiene el mismo poder. Mediante su palabra, conocemos al Espíritu que la inspiró; de hecho, solo en el Espíritu Santo puede ser verdaderamente recibida, vivida y anunciada, porque el Espíritu enseña todo y recuerda cuanto Jesús dijo. Además, la Palabra de Dios es cortante. Es miel que da la dulzura consoladora del Señor, pero también es espada que lleva una inquietud saludable al corazón.

En efecto, penetra en lo más profundo y saca a la luz las zonas de sombra del alma. Cavando, purifica. El doble tajo de esta espada, en un primer momento puede doler, pero en realidad es beneficioso, porque amputa lo que nos separa de Dios y del amor. Deseo que sintáis y disfrutéis internamente, a través de la Biblia, el tierno afecto del Señor, así como su presencia sanadora, que nos escruta y nos conoce (ver Salmo 138.1).» (*Discurso de S.S. Francisco, 31 de octubre de 2018*)

Meditación

Sufrimos. Es un hecho, que se enfatiza con las circunstancias actuales. Hoy, muchas personas, -tú incluido-, sufren en el cuerpo y el alma. Puede ser que temas por tu vida o la vida de alguien que amas. En esta situación, ¿qué dice Jesús? El Espíritu es quien da la vida. Se podría decir que «este modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?». Jesús mismo responde en el Evangelio: «nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede».

Pidamos hoy a nuestro Padre del cielo que nos conceda escuchar sus palabras de vida eterna: «Ahora, así dice Yahvé, el que te ha creado, Jacob, el que te ha plasmado, Israel: No temas, que yo te he rescatado. Te llamé por tu nombre y eres mío». (Is 43, 1)

Oración final

¡Ah, Yahvé, yo soy tu siervo,
tu siervo, hijo de tu esclava,
tú has soltado mis cadenas!
Te ofreceré sacrificio de acción de gracias
e invocaré el nombre de Yahvé. (Sal 116,16-17)